

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes 8 rs.
Trimestre 24.

FUERA DE ELLA.

Trimestre 30.

NÚMEROS SUERTOS
DEL ECO UN REAL.**ELECO****DE CARTAGENA.**

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

CARTAGENA ILUSTRADA

Trimestre. 28 rs.

Fueraid. 30.

NÚMEROS SUERTOS

de Cartagena Ilustrada 1/2

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

Jueves 1 de Abril.

El Eco de Cartagena.

UNA VISITA A D. RAMON CABRERA.

Es por demas curiosa la siguiente descripcion que nos trae el «Figaro», periódico de Paris, de a visita que uno de sus redactores ha hecho recientemente á D. Ramon Cabrera. Las noticias que este artículo contiene son del mayor interés en los momentos actuales, y desvanecen por completo algunas versiones inexactas que han circulado estos dias, gracias á las apasionadas apreciaciones y á la política puramente carlista que en las asuntos que á España se refieren hace el periódico «L'Univers».

Hé aquí lo que «El Figaro» escribe:

«He sabido ayer que el general Cabrera estaba en Paris. Era interesante encontrar su habitación é ir á preguntarle lo que hubiera de verdad sobre los acontecimientos y las intrigas en los cuales juega en este momento su nombre. Hay que tener en cuenta que el conde de Morella es muy difícil encontrarle; tiene horror á los importunos y cierra sistemáticamente su puerta, ya que viva en Paris en uno de los mejores palacios de la plaza Vendôme, ya que se encuentre en su magnífica posesion de Wentworth, en los alrededores de Londres. La afecion entarral que padece le proporciona un motivo mas para no recibir visitas, y si yo he podido salvar los obstáculos que me impedían llegar hasta él, lo he debido á un favor muy especial.

Por lo demas, Cabrera es un hombre muy amable, de ingenio vivo, y que conserva el ardor y vivacidad de la juventud, unidos á la reflexion de la edad madura. Nació en 1810, y no parece tener mas que cincuenta años, á pesar de las terribles heridas que de vez en cuando tan cruelmente le hacen sufrir. Había con gran facilidad en todos

los idiomas, aunque con un acento muy pronunciado; está muy al corriente de cuanto pasa en todos los países, y lee ó recorre todas las mañanas unos cuantos periódicos. En la vida material ha adoptado las costumbres inglesas, y es positivamente, mas bien que un caballero, un «gentleman.» No tiene de español mas que la altivez y... el cigarrillo.

Es un hombre de mediana estatura y gentil continente; algo calvo, pero la calvicie no quita á su rostro ni un átomo de energía; su mirada es franca y enérgica, negros sus ojos, el color moreno, gris el bigote y muy poblada la perilla; son sus manos finas, y el ademán magestuoso y sóbrio á la par. Ante este aspecto se reconoce que Ramon Cabrera pertenece á la buena raza. No puede estarse quieto, y sin embargo, nunca pierde su actitud, llena de nobleza; pero el movimiento es necesario á su naturaleza. Es muy afable y afectuoso para sus amigos, y como decirse suele, muy fácil de servir.

Como ya podéis suponer, mi primer cuidado ha sido hablarle de su traicion, cosa que le ha hecho reír mucho.

—Todo el mundo, me dijo, conoce mi fortuna. ¿Quién me acusará de falta de valor? ¿Qué interés tendria yo en hacer traicion?

Insistí en quo me explicase las circunstancias que le habian conducido á desempeñar nuevamente un papel político, y me contestó.

—En mi desfiérró, que desde hace mucho tiempo es voluntario, he estudiado las necesidades y las aspiraciones de los pueblos, y siendo monárquico de corazón, he pensado en hacer progresar á mi partido de manera que su triunfo quedase asegurado un dia sin que se derramase una sola gota de sangre. En 1869 reunieronse á mi alrededor en Paris los carlistas influyentes, y juntos organizamos el movimiento elector. en España. Cada colegio tuvo su comité carlista, y de 300 diputados á Cór-

tes nuestro partido obtuvo 72. Este primer paso, dado en la reivindicacion pacífica y legal de los derechos de la monarquía legítima, obtuvo un éxito inmenso.

Continuando así el general, me refirió una entrevista que se verificó en Baden-Baden, á principios de 1870, entre don Carlos y él. El príncipe parecia encantado de esta línea de conducta, y escuchaba atento los consejos de Cabrera. Debía, según esto, viajar mucho por Europa, darse á conocer y aprender y aprovecharse de los disturbios en que se hallaba envuelta España, para llegar pacíficamente y por medio de un voto al poder.

Pero hé aquí que algunos carlistas demasiado impacientes hicieron fracasar este proyecto. Formóse en torno del Pretendiente un partido de la guerra—el gran partido de los galones y de los títulos—que consideró como indigno del príncipe la lentitud recomendada por Cabrera, y juzgó impolíticas las concesiones que el general quería que se hiciesen á las ideas modernas.

En Abril de 1870 verificóse en Vevé otra reunion de jefes del partido. D. Carlos se retractó de todas sus promesas, y declaró que optaba por el sistema de la insurreccion. El general abandonó la reunion diciendo al Pretendiente:

—Vos sois el único obstáculo para el triunfo de nuestra causa.

Estaba resuelto el rompimiento.

A pesar de haber empezado la insurreccion carlista sin la participacion de Cabrera y contra su explícita opinion, fueron á pedirle que tomase parte en el movimiento varios representantes y jefes militares. El general se negó enérgicamente. A la sazón se hallaba establecida en España la república.

—No creo en la guerra civil, decía; id, si lo queréis; yo no iré. No quiero la república, pero tampoco quiero ya nada con don Carlos. A pesar de esto, os declaro que el lema «Dios y Pátria» no me basta; el mío es «Dios, Pátria y Rey.» Combatid por vuestro príncipe, puesto que no escucháis mis consejos, y no volváis á verme á no hallaros en peligro. Por

mi parte, siempre estaré dispuesto á intentar el salvaros...

Cuando, hace dos meses, tuvo noticia Cabrera de la proclamacion de D. Alfonso, experimentó una gran alegría: era un rey de sangre española, un rey católico y constitucional, y á su alrededor podía constituirse al fin ese gran partido conservador que nunca habia tenido España, y sin el cual en adelante seria impotente para luchar contra los progresos de la demagogia.

D. Carlos no quiso ceder, y en sus proclamas seguía afirmando que el ejército regular se desorganizaba y hasta huía delante de sus tropas. Prohibía «bajo pena de muerte» la introduccion en las comarcas sometidas á su dominio de todo periódico, español ó francés, que no fuesen «L'Univers» y «L'Union», teniendo además ordenado que todas las correspondencias periodísticas pasasen por su cuartel general. Así llegó á hacer concebir falaces esperanzas á los restos de su ejército, 25.000 hombres, de los cuales habia 6.000 tan solo en buen estado, mientras que entorno suyo estrechaba el ejército regular el círculo de hierro que le cortaba todas las comunicaciones.

Militarmente considerada, la causa carlista se encuentra, de hoy más privada de todo medio de accion. Esto es lo que una numerosa diputacion de habitantes de las provincias ocupadas por el Pretendiente, de jefes de su ejército y de miembros del alto clero, ha venido á anunciar á Cabrera hace quince dias.

—¡Ha llegado el momento de cumplir vuestra promesa, le dijeron; salvadnos!

—Fiel á mis compromisos me dijo el general, no he querido, sin embargo, ir á España, ni siquiera á Bayona, para que no se pudiesen interpretar torcidamente mis actos. Pero he venido á Paris, que es un punto intermedio entre Londres y Bayona; los acontecimientos me inspirarán. Si vuelvo á mi país, lo que na haré sino cuando se haya terminado la guerra, os juro que no aceptaré ningun cargo retribuido. ¿Lo ois bien? ¡Lo juro!

Y estas palabras las pronunciaba